

Las Máscaras del Carnaval de Barranquilla.

Las máscaras del Carnaval de Barranquilla son en su mayoría el resultado del mestizaje cultural que tuvo como escenario las fiestas y celebraciones civiles y religiosas promovidas por los colonizadores españoles en la región del Caribe colombiano durante el período colonial; en ellas, los rituales aborígenes y africanos se integraron a las festividades europeas y a las nuevas formas organizativas de control social de la población sometida, aportando esta fusión cultural elementos de memoria, resistencia y reconocimiento de la identidad amenazada. Algunas máscaras más recientes corresponden a creaciones de la inventiva popular del barranquillero.

Las máscaras son hoy un instrumento de divertimento y expresión lúdica para las danzas, comparsas y disfraces que participan en la fiesta anual del Carnaval, provenientes de los antiguos Cabildos de Negros de Cartagena de Indias, de pueblos ribereños del Magdalena y otros municipios del Caribe colombiano, que se trasladaron a Barranquilla con el auge y desarrollo urbano de la ciudad acaecido desde mediados del XIX.

Numerosas familias de artesanos de Barranquilla, Galapa, Soledad, entre otros municipios del Atlántico, ejercen hoy el oficio de la talla de madera y elaboran máscaras para el uso de los grupos folclóricos y el mercado cultural.

Los saberes, conocimientos y diseños, los procesos de trasmisión oral de una generación a otra, la destreza y maestría en el oficio y las prácticas culturales relacionadas con la producción, uso y representación de las máscaras, de los cuales los artesanos y danzantes son agentes y depositarios, hacen parte del patrimonio cultural del Carnaval.

Máscaras de madera.

Las máscaras zoomorfas del Carnaval de Barranquilla talladas en madera remiten en su mestizaje a elementos totémicos procedentes del occidente de África, vinculados a antiguos rituales de caza y cosecha; estas tradiciones y expresiones simbólicas acompañaron a los esclavos implantados por España en América en el siglo XVI y cobijaron y permitieron la manifestación, reconstrucción y sobrevivencia de algunas prácticas culturales en un nuevo entorno.

Posteriormente, la primitiva fauna africana (bueyes, elefantes, búfalos) fue sustituida en las celebraciones festivas por animales de la región como tigres, perros, burros, micos y chivos.

Actualmente las máscaras de madera cumplen una función lúdica en las tradicionales Danzas de Congos (Negros), de origen guerrero, como las danzas del Congo Grande, Toro Grande y El Torito, entre otras, haciendo parte de su cuadrilla de animales, liderada por el Toro Mayor.

En este legado de animales danzantes se desatacan los diseños representativos del barrio Rebolo, Barranquilla, heredados de los talladores Rocha y “Mañe Herrera”. Estos diseños se caracterizan por la decoración abstracta en sus cabezas, regularmente de formas alargadas, a veces angulosas, en el caso del toro, con ojos y narices protuberantes que descansan en grandes ojerías bordeadas por líneas punteadas; soles o rombos de espejo decoran las frentes. Los colores que predominan son el amarillo, rojo, negro y blanco.

Las orejas de cuero, bigotes, dientes y cachos, regularmente naturales, reafirman el poder y bravura del animal representado y su antigua comunión con la naturaleza (animismo).

Máscaras de papel.

A partir del oficio introducido en América en el siglo XIX se elaboran máscaras y otros artefactos en papel maché (cartapesta), como parte de la celebración de tradiciones y eventos festivos de influencia española y aborigen, con reminiscencias de ritos agrarios y de purificación, como la quema del muñeco del “Año Viejo”.

1

Las máscaras son moldeadas sobre arcilla o matrices de madera o yeso, pegando con almidón de yuca varias capas de papel de bolsa hasta formar un caparazón rígido que, luego de secarse al sol, se pinta con esmaltes de colores y se decora.

Las máscaras de papel, por la plasticidad del material, fácil elaboración y funcionalidad para cubrir la cabeza, han sido muy utilizadas por danzas de origen campesino e indígena para la recreación festiva de historias locales y la expresión creativa de personajes inspirados en la fauna regional, como pájaros, aves, reptiles y batracios. Entre las más tradicionales hechas en este material se cuentan las de guacamayas, colibríes, turpiales, gallinazos y caimanes.

Máscaras de tela.

El aporte cromático del Carnaval de Barranquilla está dado por el color, vistosidad y brillo de los vestidos y disfraces confeccionados en pompadour, satín, lamé y otros textiles, con apliques en lentejuelas, escarchas y abalorios que imitaban el lujo del vestuario que lucían las cortes europeas. Nuestra indumentaria festiva se vio enriquecida con los antifaces, capuchones y disfraces en tela, provenientes de las tradiciones religiosas y civiles traídas por los españoles a América.

Posteriormente la imaginación, inventiva popular y la misma dinámica cultural del carnaval han creado originales disfraces y máscaras como Marimondas, Negritas Puloil, toros, burros y tigres, entre otros, que se adaptaron fácilmente al carnaval por su liviandad, frescura y precio, es decir, por su funcionalidad y economía.